

laur al oido del medico quien estaba inclinado sobre el pecho del jóven: débiles pulsaciones, testimonios sordos de la vida, que sólo podia distinguir la ciencia. Sus entrecasidos labios descubrian la blancura de los dientes y simulaban una languida sonrisa, mas triste que las contorsiones del dolor, pues era la que dibujaba sobre la boca humana la proximidad del eterno reposo; sin embargo á los violéces tintes de la muerte se mezclaban algunos ligeramente acuminados tonos que indicaban que la sangre recobraba paulatinamente su curso.

CAPÍTULO XVIII.

EN FAMILIA.

La promesa del cirujano, de responder de la vida de Vallombreuse hasta el día siguiente, se habia realizado. El sol, al penetrar en el aposento, completamente en desórden y encima de cuyas mesas se veian pedazos de tela ensangrentados, habian encontrado al jóven enfermo respirando todavía, y aun sus párpados se entreabrian dejando errar una mirada atónita y vidriosa impregnada del vago espanto que produce el anonadamiento. A través de las neblinas de los desmayos, el descarnado semblante de la muerte se le habia aparecido, y por un instante sus ojos, deteniéndose en un punto fijo, parecian distinguir un objeto espantoso invisible para los demás. Para sustraerse á esta alucinacion, bajaba sus largas pestañas cuyas negras franjas hacian resaltar la palidez de sus mejillas, y tenia obstinadamente cerrados los párpados; luego la vision desaparecia. Su semblante recobraba entonces una expresion ménos alarmante, y su mirada empezaba de nuevo á vagar á su alrededor. Lentamente su alma volvia del limbo, y su corazon, poquito á poco, empezaba de nuevo á

latir al oído del médico quien estaba inclinado sobre el pecho del jóven; débiles pulsaciones, testimonios sordos de la vida, que sólo podía distinguir la ciencia. Sus entreabiertos labios descubrían la blancura de los dientes y simulaban una lánguida sonrisa, más triste que las contracciones del dolor, pues era la que dibuja sobre la boca humana la proximidad del eterno reposo; sin embargo á los violáceos tintes de la muerte se mezclaban algunos ligeramente acarminados tonos que indicaban que la sangre recobraba paulatinamente su curso.

De pié en la cabecera del herido, maese Lorenzo el cirujano observaba aquellos síntomas, tan difícilmente apreciables, con atención profunda y perspicaz.

Maese Lorenzo era un hombre instruido á quien, para adquirir renombre, no le habian faltado hasta entonces más que ocasiones ilustres. Su talento no se habia ejercitado aun más que en *anima vili*, y habia curado en medio de la oscuridad á patanes, menstrales, soldados, escribanos, procuradores y otros bajos empleados de justicia, cuya vida ó muerte nada significa. Así es que daba una importancia enorme á la curación del jóven duque. Su amor propio y su ambición entraban por igual en el duelo que sostenia con la muerte, y para guardar entera la gloria del triunfo, habia dicho al príncipe, quien queria hacer venir de Paris los más afamados médicos, que él solo se bastaria, y que nada era más grave que un cambio de método en el tratamiento de una herida de tal gravedad.

—No, no morirá,—decía el bueno del cirujano hablando consigo mismo y fijando sus ojos en el jóven duque;—no tiene el semblante hipocrático, sus miembros conservan la flexibilidad, y ha soportado perfectamente la congoja de la madrugada que empeora las enfermedades y determina las crisis funestas. Por otra parte, es preciso que viva, su salvación es mi fortuna; yo arrancaré de las patas huesosas de la Seca ese jóven heredero de una noble raza ó perderé mi nombre. Mucho tendrán que esperar todavía los escultores para

labrar su estatua. El es quien me sacará de esta aldea donde vejeto. Procuremos ante todo, á riesgo de determinar la fiebre, devolverle un poco las fuerzas por medio de algun cordial enérgico.

Abriendo por sí mismo el botiquin, pues su ayudante, que habia pasado en vela parte de la noche, dormia en el lecho de campaña, sacó de él muchos frasquitos, sobre el cristal de los cuales estaban pegadas etiquetas latinas abreviadas y parecidas, para el lego, á fórmulas cabalísticas, que contenian esencias de colores diversos, rojos como el rubí los unos, los otros verdes como la esmeralda, estos amarillo dorado, aquellos de diamantina transparencia. Maese Lorenzo, por muy seguro que estuviese de sí mismo, leyó repetidas veces el título de las redomitas que habia colocado aparte, miró el contenido al trasluz, aprovechando un rayo de sol levante que filtraba á través de las cortinas, pesó las cantidades que sacó de cada botella en una probeta de plata de la que conocia la capacidad y con el todo compuso una pocion segun una receta de la que guardaba el secreto.

Preparada la mezcla, despertó á su ayudante, y le ordenó que levantase la cabeza de Vallombreuse; luego, valiéndose de una delgada espátula, abrió la dentadura del herido, entre cuya doble hilera logró introducir el estrecho gollete del frasco. Penetraron en el paladar del jóven duque algunas gotas del líquido cuyo fuerte y acre sabor hizo contraer ligeramente sus inmóviles facciones. Un sorbo descendió hasta el pecho, pronto seguido de otro, y la dosis entera, con gran regocijo del médico, fué, sin mucho trabajo, absorbida. A medida que Vallombreuse bebia, una imperceptible rojez subia á sus pómulos; animó sus ojos un amortiguado brillo, y su mano inerte, tendida sobre el cobertor, intentó cambiar de sitio. Por fin exhaló un suspiro y paseó á su alrededor, como quien despierta de un sueño, una mirada en la que se leia la vuelta de la inteligencia.

—Juego el todo por el todo,—dijo para sus adentros mae-

se Lorenzo,—este medicamento es un filtro que así puede matar como devolver la vida. Ha resucitado. ¡Benditos sean Esculapio, Higio é Hipócrates!

En aquel momento una mano levantó con precaucion la cortina, y pareció la cabeza venerable del príncipe, agobiado y más envejecido por la angustia de aquella noche terrible que por diez años.

—¿Y bien, maese Lorenzo?—murmuró con voz ansiosa.

El cirujano se puso un dedo en los labios, y con la otra mano señaló á Vallombreuse, un poco levantado sobre la almohada. Habia desaparecido el aspecto cadavérico del jóven, pues la pocion le quemaba y le reanimaba con su llama.

Maese Lorenzo, con ese paso ligero habitual á las personas que cuidan de los enfermos, se encaminó al encuentro del príncipe, de pié al umbral de la puerta, y llevándolo á parte le dijo:

—Ya veis, monseñor, que el estado de vuestro señor hijo, léjos de haber empeorado, mejora sensiblemente. Esto no quiere decir que os responda todavía de su vida; pero á ménos de una complicacion imprevista que me esfuerzo en prevenir, creo que podrá continuar sus gloriosos destinos como si no hubiese sido herido.

Un vivo sentimiento de alegría paternal iluminó el semblante del príncipe; y como este avanzase hácia el lecho de su hijo para abrazarle, maese Lorenzo le puso respetuosamente la mano sobre la manga y le detuvo.

—Permitid, príncipe, que me oponga al cumplimiento de este natural deseo; los doctores son importunos á menudo, y la medicina usa de rigores á ningun otro semejantes. Por favor, no entreis á ver al duque. Vuestra presencia, querida y temida á la vez, podria, en el estado de debilidad en que se halla, provocar una crisis peligrosa. Toda emocion le seria fatal, y capaz de romper el débil hilo que le ata á la vida. Dentro de algunos dias, cuando su llaga esté en vias de cicatrizar, y recobre poco á poco sus fuerzas, disfrutareis con toda libertad y sin peligro la dulzura de verlo.

El príncipe, tranquilizado, y rindiéndose á las justas observaciones del cirujano, se retiró á sus habitaciones, donde se entregó á lecturas piadosas hasta el medio dia, hora en que el mayordomo entró á advertirle que la comida estaba en la mesa.

—Prevéngase á mi hija la condesa Isabel de Lineuil,—tal es el título que llevará en adelante,—que se sirva bajar á comer,—dijo el príncipe al mayordomo, quien se apresuró á obedecer.

Isabel atravesó la sala de armas, causa de sus terrores nocturnos, y no la encontró de mucho tan lúgubre á los vivos reflejos del dia. Por las altas ventanas, cuyos postigos estaban abiertos de par en par, penetraba una luz pura, el aire habia sido renovado, y de ella arrojado el olor á estadizo y de corrupcion por medio de la quema de fogotes de enebro y de maderas odoríferas. Con el dueño, habia vuelto la vida á aquella muerta vivienda.

—El comedor parecia otro, y la mesa, que la víspera hubiera podido creerse puesta para un festin de espectros, cubierta con unos ricos manteles cuyos pliegues dibujaban simétricos cuadros, tomaba un halagador aspecto con su antigua vajilla de plata cincelada y blasonada con escudos de armas, sus frascos de cristal de Bohemia salpicados de florecitas doradas, sus vasos venecianos de piés en espiral, sus especieras y sus viandas de las que emanaba sustanciosa fragancia.

Enormes zóquetes tirados sobre los morillos formados de gruesas bolas de metal pulido superpuestas, enviaban á lo largo de una plancha en cuyo centro se descubria el escudo de armas del príncipe anchos torbellinos de llamas mezclados de alegres chisporroteos, y exparcian grato calor por la vasta pieza. Las vajillas de los aparadores, y los ramajes dorados del tapiz de cordoban despedian, al brillo de la llama, á pesar de la claridad del dia, rojas chispas.

Quando Isabel entró, el príncipe estaba ya sentado en su

silla cuyo elevado respaldo figuraba una especie de dosel. Detrás de él estaban en pie dos lacayos de gran librea. La jóven dirigió á su padre una modesta y grave reverencia que hubiera merecido la aprobacion de la más encopetada dama, y se sentó en una silla que le avanzó un criado, frente por frente del príncipe, en el sitio que éste le indicara con la mano.

Servida la sopa, un ughier de vianda procedió á la disecion de los manjares que un oficial de boca le llevaba de la mesa, á la que volvian á llevarla los criados.

Un lacayo escanció de beber á Isabel, quien, como sobria que era, bebia el vino muy aguado. Conmovida por los acontecimientos del dia y de la noche precedentes, deslumbrada y turbada por el brusco cambio de fortuna que habia experimentado, inquieta por la salud de su hermano tan gravemente herido, perpleja sobre la suerte de su estimado Sigognac, apenas tocaba los manjares colocados delante de ella.

—No comeis ni bebeis, condesa,—le dijo el príncipe,—tomad esta ala de perdiz.

Al título de condesa, pronunciado con voz aunque amistosa grave, Isabel dirigió al príncipe una mirada tímidamente interrogadora.

—Sí, condesa de Lineuil; es el título de unas tierras que os doy, pues vuestro nombre de Isabel, por lindo que sea, no sentaria bien á mi hija sin ir algo acompañado.

Isabel, cediendo á un impetuoso impulso de corazon, se levantó, pasó al otro lado de la mesa, y arrodillándose á los piés del príncipe le tomó la mano y se la besó en señal de reconocimiento.

—Levantaos, hija mia,—repuso el príncipe con tierno acento,—y volved á vuestro sitio. Lo que hago es justo. Sólo el destino me ha impedido hacerlo antes, y el modo terrible como nos hemos reunido tiene algo en que veo el dedo del cielo. Vuestra virtud ha impedido la comision de un gran crimen, y por ella os quiero, aun cuando deba costarme la

vida de mi hijo, á quien sin embargo salvará Dios para que se arrepienta de haber ultrajado la más pura inocencia. Maese Lorenzo me ha dado buenas esperanzas, y desde el umbral de la puerta, de donde le contemplaba, en su cama, Vallombreuse no me ha parecido tener en la frente ese sello de muerte que á nosotros gente de guerra no se nos escapa.

En levantando los manteles llegaron dos criados, el uno con un magnífico aguamanil de plata y el otro con dos blanquísimas y riquísimas tohallas al hombro, y dieron agua á las manos á Isabel y al príncipe. Luego éste se encaminó al salon, á donde hizo seña á su hija que le siguiese. Sentóse el anciano señor cerca de la chimenea, monumento escultural que se elevaba hasta el techo, y su hija se sentó á su lado en una silla de tijera.

El príncipe tomó con ternura entre las suyas la mano de Isabel, y contempló por algun tiempo en silencio á aquella hija de un modo tan extraordinario hallada. Sus ojos expresaban una alegría mezclada de tristeza, pues á pesar de las seguridades del médico, la vida de Vallombreuse pendia todavía de un hilo. Si de una parte era dichoso, de la otra se consideraba desgraciado; mas el encantador semblante de Isabel disipó pronto esta impresion penosa.

—Sin duda, mi querida hija,—dijo el príncipe á la jóven,—en medio de los acontecimientos que nos han reunido de un modo tan singular, novelesco y sobrenatural, se os debe haber ocurrido que durante todo el tiempo que ha trascurrido de desde vuestra infancia hasta hoy, no os he buscado, y que sólo la casualidad ha devuelto la hija perdida al padre olvidadizo. Esto seria desconocer por completo mis sentimientos, y vos, que teneis el alma tan buena, habreis debido rechazar enseguida tal idea. Vuestra madre Cornelia, como no ignorais, era arrogante y altiva; tomaba las cosas con violencia extraordinaria, y, cuando altas conveniencias, diré casi razones de Estado, me obligaron á separarme de ella, bien contra mi voluntad, para contraer un enlace ordenado por uno de